

Dos intervenciones de alto espesor. Uno de Don Aldo Antonelli y el segundo de Padre Ernesto Balducci

DIOS!

Una palabra peligrosa y muy equívoca. Una palabra que después de años y años de uso instrumental y obsceno, debería ser silenciada por muchos años, como bien decía Don Primo Mazzolari.

Un nombre inpronunciable, hasta cuando no empezará a florecer sobre la tierra la flor de la justicia y de la solidaridad, como predicava Padre Zeno Saltini, fundador de Nomadelfia: “Se debería prohibir hablar de Dios en las iglesias. Por algunos siglos. Hasta que no desaparezca el último hombre, a quien será permitido vivir como hombre”.

Pero por esta vez se nos perdone la excepción. Existe una especie de hilo conductor, de bajo voltaje, que recorre toda la narración bíblica y, diría, también la historia del compromiso entre Dios y los hombres; se trata del grito de salvación que es asfixiado en la garganta de los pueblos como invocación, y proclamado por Dios como una ofrenda, una posibilidad.

Los pilares fundamentales de esta arquitectura son la autopresentación de Dios a Moisés: “He visto la aflicción de mi pueblo, he oído su grito...He descendido para liberarlo” (Es. 3, 7-8) y el prólogo que Juan antepone a su Evangelio; “Verbum caro factum est et habitavit in nobis”. Aquel que es “La Palabra” se hizo hombre y vivió entre nosotros” (Juan 1,14).

Dos torres sostienen en alto el discurso de una trascendencia inmanente que durante el curso de los siglos ha roto, de un lado, el juego evasivo en el que la religión ha querido subyugar un Dios no secuestrable y, por otro lado, ha roto las cadenas de la necesidad con las que el poder alinea y paraliza el hacer y el obrar de los hombres.

El Dios que cuida, que es premuroso, que va a la búsqueda del desobediente en el jardín del Edén, que se hace protector del fratricida, que viola el imperio del faraón y se vuelve bastón del viaje para su pueblo en el desierto; el Dios que aleja su rostro del olor de los inciensos y de la sangre de los sacrificios, mientras se apiada del pueblo que tiene sed y hace llover maná para saciar su hambre; este Dios no puede sino identificarse en el hombre para quien él, simplemente, “Es”!

La Encarnación (Misterio principal de la Fe), así como el hacerse pan, son una necesidad-necesitada de su “Deber ser” y no una opción de su “benevolencia”.

¡Sí! Porque el amor por la Biblia es “la mirada con la que Dios cuida de la alteridad humana, construyéndole un espacio y sosteniéndola; es la manera con la que Dios desciende y va al encuentro del otro, invocación de pan y de perdón, la alteridad convierte su alteridad en proximidad y su trascendencia en cercanía; es la irreducible diferencia que se revela como una obstinada no indiferencia hacia quien, pobre o enemigo, está en la espera de vida y de amistad” (Carmine de Sante: El yo hospitalario; p.12).

Contra esta narración se coloca, en señal opuesto a la indiferencia y al desprecio, el “Homo Oeconomicus”, autocéfalo y sin relaciones, autófago y omnívoro, que todo consume, transformando en bienes y mercadería de basura, personas y cosas, valores y afectos, proyectos y esperanzas,

Acostumbrados a enmarcar el “Evento-Encarnación” en la composición agro-pastoral del pesebre, ningún asombro ya nos visita, todavía menos nos toca la onda revolucionaria por la cual la historia y trascendencia, finito e infinito, fragmento y totalidad, humano y divino son una sola cosa. A lo sumo nos dejamos invadir por la ternura nostálgica de un mundo- no- más. En esta lectura bucólica y arcaica del Cristianismo reside la esterilización del evento, incapaz de subvertir las sombreadas uniones entre espiritualidad y mercantilismo, universalidad y localismo, filantropía y xenofobia, amor y odio. Estos son los matrimonios funcionales a la deriva liberista de una economía sin alma y de una política sin ética, en Italia antes que en el resto del mundo.

Aldo Antonelli

“La sugestiva narración de Moisés que, después de haber partido las piedras,- el pueblo, mientras él hablaba con Dios había construido el ternero de oro-, vuelve a la surgiente, al Dios de la alianza para invocar perdón y tener una nueva ley, despierta inmediatamente una analogía que no puede ser un discurso de severa condena para nosotros que nos llamamos y somos pueblo de Dios . Si descendiese todavía entre nosotros una vez más el profeta de la montaña y viniese hacia nosotros con las leyes, debería romper de nuevo las tablas de la ley porque este pueblo de Dios que ha construido templos, ha escrito bibliotecas enteras sobre el misterio de Dios lo ha hecho solamente para poder construirse más tranquilamente el ternero de oro.

Díganme ustedes, si no hay terneros de oro en las plazas de la sociedad evolucionada de hoy, la cual ha construido alrededor de ese ternero un cinturón de armas aterrador para su defensa.

Esto es, siguiendo el hilo de la imaginación que me da en mano la Escritura, el estado de las cosas. El drama es que nosotros continuamos a hablar de Dios- estamos haciendo aquí también hoy- nosotros continuamos a vagar por el mundo con sus símbolos, con sus tablas, mientras imperturbable, segura de sí misma la sociedad danza alrededor del ternero de oro, única verdadera omnipotencia, aquella que en una pequeña rasgadura místico el padre de la economía moderna llamó “la mano invisible”, la lógica del provecho, una especie de Espíritu Santo invisible que todo hace y todo puede. Y este pueblo, a diferencia de aquel de su origen que fue objeto de las cóleras de Moisés, no es afectada por ninguna cólera, más bien, los expertos, los escribas y los pontífices, son, podemos decir, benévolo, a menudo también cómplices de esta danza alrededor del ternero de oro. Es por eso que todas nuestras creaciones llevan en sí, algunas señales del culto del ternero de oro. Inclusive los esfuerzos - como aquellos que nosotros hoy generosamente hacemos- de crear una Europa unida se apoyan en la lógica del mercado omnipotente. Cada vez que la noción de Dios es contaminada por el culto del ternero de oro, hay que subir la montaña para obtener de Dios otra noción, porque Dios se contamina de nuestras contaminaciones. Su imagen, Su noción no es noción, una imagen pura, sin relación con los miasmas de

nuestra existencia. A través de los conceptos, incluso aquellos más límpidos y cristalinos, pasa el aliento maléfico de nuestras malas pasiones.

Cuando se elaborò la maravillosa teología sobre la Trinidad, sobre el dogma se posò la espada de Constantino que dijo: "el que no cree, lo mataré!". Quiere decir que había, inclusive en aquella teología, una especie de homogeneidad al espíritu de potencia. De hecho, una vez descifrado el misterio de Dios en los otros algoritmos teológicos, quien podía hablar de ello? Solamente los expertos.

El Dios de Jesucristo fue anunciado por analfabetos, los cuales no tenían ninguna preocupación de explicar que Dios es Uno en Tres personas iguales entre ellos, teniendo en cuenta que nadie se preocupaba en interrogarles acerca de esa igualdad. Ese mensaje era un mensaje de salvación y no la revelación de arcanos secretos o de arcanas doctrinas. Entonces, sucedió que esta doctrina sobre la unidad y trinidad de Dios se hizo refinada, al punto que quien se atrevía a hablar sin títulos de estudio adecuados tropezaba en gravísimos errores.

Entonces, para evitar los errores, se impide la predicación, o mejor, se lo monopoliza. Sucedió, en el corazón de la Edad Media, que el santo de los santos que es Francisco de Asís pudiera, sí, ir a predicar, siempre y cuando no hablase de Dios, porque de Dios podían hablar solamente los "clérigos", los expertos, y él era un laico. Francisco, con una especie de inconciente astucia, toda evangélica, predicò la paz, tema sobre el que los clérigos dejaban hacer". (Ernesto Balducci- El Evangelio de la Paz; Vol. 1; pag 189-191)